

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 7, Diciembre 1998

Don Nacho

Néstor Portnoy

pp. 110-112

Don Nancho

Néstor Portnoy

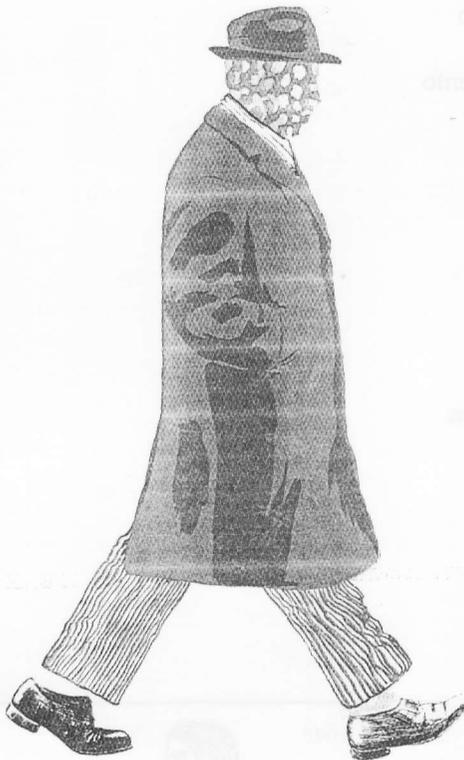
NO era broma, ni era cuestión de risa. Doña Rosalía lo tenía muy bien advertido, si volaba. A ella poco le importaba lo que dijeran las malas lenguas, era una cuestión de tener un poquito de dignidad, querido, si él quería andar haciendo papelones por ahí, que vaya, que los haga, pero su casa no volvería a pisarla; si él quería ser el hazmerreír del barrio, que vaya, que lo sea, pero que se olvide de que tiene mujer (y que se olvide de que tiene casa), y bien en serio lo decía. No sé como no te da vergüenza, Venancio (jamás lo llamaba por su nombre, sólo cuando estaba enojada), un hombre grande como vos, con nietos, andá Venancio, andá, pero acordáte bien de lo que te dije, no vaya a ser cosa de que después me vengas a pedir la escupidera. Pero mujer, dejate de joder, che, no me hagás tanto escándalo, si ya te dije que no lo hago más, ¿o es que no tengo palabra? ¿acaso, alguna vez te mentí? Voy un rato al club con los muchachos y después me vengo para casa.

Don Nancho se puso la boina y salió caminando por Iguazú. Era temprano, no más que las cuatro y media de la tarde. Evidentemente, a casa no tenía ganas de volver, por lo menos hasta la nochecita. Luego de caminar unos cortos metros entró al club. En el *buffet* estaban los de la mesa de póker de Andy, los muchachos jóvenes entreteniéndose antes de la práctica de básquet y otros mocosos en otras mesas. Don Sergio compartía la mesa con los chicos del básquet y don Nancho se acercó a él. Todavía es temprano, le dijo don Sergio, que jugaba a la escoba con su hijo mayor. Don Nancho se fue

hasta la barra, tomó un vasito de soda y salió del club. Siguió por Iguazú y después de cruzar Vélez Sarsfield entró al quiosco del Cuqui y compró cigarrillos, últimamente casi ni fumaba, hacía tres días que no tocaba un cigarrillo, y ni lo había notado, pero justo hoy, justo hoy, se le dio por fumar uno. Cuando salió ni siquiera abrió el atado, en realidad nunca le había

gustado fumar mientras caminaba, le hacía faltar el aire. Caminando siempre por Iguazú, bien despacio adrede, pasó Júpiter e Yrigoyen, y llegando a la esquina de Junín, entró en la Itati. Don Coriasco lo saludó suspirando detrás del mostrador, levantando las cejas, con cara de resignación. Hoy están todos amargados hasta el caracú, pensó Don Nancho recordando que Central había perdido ayer por muerte en Arroyito. Miró los postres y luego las pizzas, melancólico, indeciso. Me comería una de cebolla o una fainá, dijo en voz alta. Don Coriasco lo miró algo sorprendido, no eran esas horas de comer pizzas, pero luego abrió sus manos en claro gesto de “usted decide”, o “estoy a su disposición”. Don Nancho se encontró de repente avergonzado de su gula, no, deje,

la verdad que pizza, a esta hora. Cruzó la calle y en la panadería de la esquina compró unas tortitas negras. Al salir buscó un lugar adecuado donde comerse las tortitas, observó los tres escalones de la panadería, pero reflexionó que se lo vería ridículo sentado allí, más en la esquina de Junín e Iguazú. De parado mordió una tortita negra. Por primera vez desde que había salido, comprendió que estaba ansioso. Se acercó al quiosco de revistas y le ofreció una tortita negra al



Argentino, reside en Israel desde 1986. Ha realizado sus estudios de M.A. en la sección histórica del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jersualén.

quiosquero, vamos, para hacerme compañía, dijo al verse rechazado. Bueno para no despreciar, gracias, qué desastre Central, esa defensa no agarra a nadie, con esa manga de troncos no sé a dónde van a ir a parar. Don Nancho y el quiosquero eran de los pocos que podían hablar tan libremente del tema, sabiendo el uno del otro que no estando fanatizados, no les causarían la conmoción y la profunda tristeza que se sentía, se elevaba como vapor o neblina, en el resto del barrio. Luego de un rato de charla cruzó a la otra esquina y entró en el Unión Central.

En el *buffet* había gente, pero no conocía prácticamente a nadie. En una de las mesas de naipes estaba Genaro con cara de perdió Central que desastre esa defensa no agarran a nadie esos troncos, esos muertos a dónde vamos a ir a parar, para eso mejor que pongan a los pibes y se terminó, se saludaron con la mano, mejor lo dejo tranquilo a éste hoy. Las mesas de billar estaban vacías, y en todo caso no había con quién jugar. Salió al patio, a lo mejor tenía suerte y había algún partidito de básquet que mirar, o por lo menos una práctica, pero la cancha estaba vacía. Recapacitó con tristeza lo feo y descuidado que estaba este club, las baldosas de la canchita todas rotas, las paredes despintadas, cada vez viene menos gente. Saliendo por el portón del patio que estaba abierto, muy lentamente retornó por Iguazú para el lado del club Edison. Al llegar observó en el reloj del buffet que había logrado demorarse más de dos horas, ya eran más de las siete. Las mesas estaban con la gente de siempre que lo iban saludando a medida que pasaba, los muchachos, seguramente, estarían en alguna de las mesas de las del patio, donde había más aire, además solían regar el piso de cemento, lo que hacía un ambiente fresco y agradable. No salió al patio, ni se dejó ver. Acercándose a la barra vio al Cuqui, el quiosquero, y lo invitó a jugar a la carambola. Luego de una corta espera y de darle al billar media horita, el Cuqui se marchó a cenar. En lo del Cuqui ocho, ocho y media estaban todos a la mesa, no como en lo de doña Rosalía que comían todos desbandados la comida recalentada cada uno cuando llegaba.

Perdiendo de algún modo la paciencia decidió salir al patio, pero sólo para ver cómo jugaban a las bochas. Una vez afuera, se acercó a la baranda de la cancha de bochas sin mirar para el lado de las mesas, lo cual le resultó un esfuerzo, incluso bastante difícil, y se alegró de ver que estaban jugando los hermanos Rubiolo, excelentes jugadores ambos, en especial Daniel cuando bochaba. Pero no le sirvió de mucho, ya que antes del minuto, se dio vuelta y vio la mesa de los muchachos. Con tristeza y a su vez exhalando un suspiro de confortabilidad descubrió que la mesa estaba completa. Al quinteto de siempre se le había sumado el Edgarcito, el muchacho de la zapatería,

después de todo le estaba haciendo un favor. Unos minutos después entró al *buffet* para ir al baño. En las mesas no quedaba prácticamente nadie, solamente Andy y los del póker; éstos sí que jugaban fuerte. El buffetero comenzaba a poner el lugar en condiciones para el día siguiente. Al salir observó que los muchachos de la mesa se estaban levantando, después de todo hoy tenía un problema menos (o lo postergaba); pero se equivocaba. El que se levantaba para irse era solamente don Pizzuti, que dejaba un lugar libre, así es que estaba virtualmente invitado a sumarse al juego. Se acercó intentando calmarse, después de todo es sólo un juego de cartas, se decía. Los muchachos de la mesa lo observaron mientras se sentaba, sabían que don Nancho tenía problemas en su casa con su señora, en especial los viejos, pero por supuesto que ninguno abrió la boca.

Se repartieron los naipes y en la primera mano don Venancio levantó dos escobas. Continuó el juego parejo, pero aquí y allá don Nancho y los suyos sacaban ventajitas, dos escobas, un capullito de las bravas, robaban en casi todas las manos, dos veces dos de chicas, una escalera y hasta una básica cabrera. Si bien casi al final Panchito y don Ignacio lograron armarse con un real envido común y un chinchón con comodines que al fin y al cabo era sólo un menos diez, finalmente los del trío de don Nancho ganaron la primera partida y conjuntamente el vermucito, las aceitunas y los maníes. Entonces cambiaron las sillas y las cartas por las de póker y reanudaron el juego. Esta vez el Edgarcito, que jugaba con don Nancho, fue el destinatario de la suerte. Todas las manos recibía corazones; incluso en un tiro que no tenía prácticamente nada, Panchito, que jugaba con don Severo y don Sergio, se descubrió estrellado y se tuvo que ir al mazo. Con facilidad terminaron ganando la segunda partida, y el segundo vermucito.

Los hermanos Rubiolo apagaron las luces de la cancha de bochas, saludaron y se fueron. Los muchachos tuvieron que cambiar nuevamente de baraja, una vez más la española. Al poco rato de comenzada la tercera partida don Nancho y los suyos iban ganando por amplio margen. La posibilidad de perder era prácticamente nula. Además, habían ganado ya dos partidas y ésta era seguramente la última, ya que cerraban. La lámpara de la mesa del patio era la última encendida. En eso don Nancho se descubre estrellado y Panchito, que era su pareja rival, arroja sobre la mesa un capullito de las bravas; me tendré que ir al mazo, pero por lo menos no perdimos puntos, dijo don Nancho con una sonrisa. En la mano siguiente, nuevamente don Nancho se encontró estrellado y Panchito depositó con una elegancia burlona sobre la mesa un capullito de las bravas. Don Nancho sonrió nerviosamente. Ahora es turno de los pica-pica (ronda de encuentros de uno contra uno); se enfren-

tan don Sergio y Edgarcito, éste en encuentro normal le saca los dos puntos, les quedan sólo dos más para ganar el encuentro. Don severo y don Ignacio acaban en cero. En su turno, Don Nancho descubre, a esta altura ya asustado, que está estrellado. Panchito sonriendo gozoso, pone sobre la mesa, ¡una vez más! un capullito de las bravas. No puede ser que le vuelva a ocurrir, es muy difícil que eso vuelva a ocurrir. Como viene la mano, la única posibilidad sería que se tiren siete sobre la mesa y luego salgan dos, y mientras y a medida que se fuesen tirando peor sería.

Panchito repartió las cartas y finalmente puso las que iban a la mesa... ¡un seis y un as! Don Nancho cerró los ojos y suspiró profundo, cuando los volvió a abrir, luego de unos segundos, observó a Panchito que, tomándose su tiempo, orejeaba los naipes, la pinta, luego levantó uno amenazante, seguramente bromeaba, pero lo fue bajando lentamente y era, efectivamente, un dos. Don Nancho aceptó, ya entregado, este primer destino con resignación, y a medida que el naipe se apoyaba en la mesa, su cuerpo casi tieso, en posición de sentado se despegaba liviano e inerte de la silla y se elevaba alrededor de un metro. Levitaba. Había que aceptar el destino que marcaba la baraja, para eso se juega. Todos estaban muy serios, menos Panchito, quién parecía disfrutar de la humillación en la cual tenía postrado, valga el término, al pobre viejo. Edgarcito estaba especialmente sorprendido, había jugado ya bastantes

veces, a pesar de su juventud, pero era la primera vez que le salía ver un volador. Panchito tomó luego el mazo y retiró, demorándose un siglo con alevosía, la segunda carta. Con sorna, con crueldad, la arrojó despectivamente sobre la mesa; nuevamente un dos, y consiguientemente don Nancho se elevó a aproximadamente dos metros de altura, Panchito repitió la operación, era increíble cómo se le daban los naipes, con una sonrisa malévola tiró esta vez el dos de copas que elevó al viejo a casi tres metros. En el club ya no había nadie. El buffetero con tantos años en el club había visto decenas de levitadores y voladores, y no les prestaba la más mínima atención. Ninguno de los presentes lo contaría, salvo que Panchito quisiera jugarle una mala pasada a don Nancho logrando que lo echaran de su casa, pero si bien tenía una maldad sobradora nadie lo había considerado nunca un alcahuete. Pero un cuarto dos arrojaría a don Nancho

a más de cuatro metros de altura. Se lo vería de ese modo por sobre los tapias del patio del club desde las casa vecinas y con seguridad en pocos minutos llegaría a oídas de doña Rosalía. Panchito tomó el mazo una vez más; en realidad don Nancho dependía de la suerte y no de su rival. Este sacó el cuarto y último (e increíble) dos de oro. Dejó el naipe a descubierto en la palma de la mano, mostrándose a todos y en especial a don Nancho, allá arriba; lo cambió de mano, lo palpó, lo olfateó, lo volvió a mirar. Luego, con una sonrisa macabra lo colocó entre el pulgar y el índice de su mano derecha y con el codo apoyado en la mesa a manera de ángulo lo fue descendiendo lentamente para llegar casi a formar los noventa grados, pero estando el naipe a menos de

un centímetro de ser apoyado se frenó y buscó, una vez más, la mirada de don Nancho, Este, entregado a su destino, replicó a su mirada con el ceño fruncido, con valentía, estoico, sin responder, aunque estaba claro que le decía; hágalo de una vez, para eso estamos. Panchito titubeó, luego apoyó sólo la punta de su dos de oro infernal, y con esta punta recogió, para sorpresa de todos, los restantes naipes que había sobre la mesa, al tiempo que decía, dos por cuatro ocho más seis y uno siete, escoba de quince, y alzó. Al rozar la punta del naipe la mesa, el cuerpo del viejo dio un apenas leve empujoncito hacia arriba, como un salto, aunque al alzar, el cuerpo descendió con

suavidad y en línea recta hasta quedar nuevamente en su posición inicial, sentado sobre la silla. Bajó la cabeza y se concentró nuevamente en el juego con una falsa naturalidad. En la siguiente mano Edgarcito recibió dos de chica y con eso ganaron nuevamente el tercer y último encuentro. Nadie quiso tomar más bebidas. Eran más de las once de la noche, ya habían baldeado el *buffet* y todo el patio, excepto donde estaba la mesa de ellos. Se apagaron todas las luces. Don Nancho se retiraba silencioso junto a Edgarcito que lo acompañaba. El viejo estaba evidentemente abatido. El buffetero sentado en la entrada les dio las buenas noches; descansando, fumaba seguramente el último cigarrillo de la jornada. Se despidieron en la puerta Panchito, Don Sergio, Don Ignacio y don Severo que salían para el otro lado.

—Así da gusto perder, le dijo Panchito a Don Sergio.

